



Fuente: Archivo personal del profesor Marcos Chinchilla Montes

Trabajo Social y construcción del conocimiento en América Latina: historia, desafíos y proyecciones en la era digital

[381]

Entrevista al profesor Marcos Chinchilla Montes

La historia del Trabajo Social en América Latina está marcada por el compromiso con la transformación social. En esta entrevista, el profesor Marcos Chinchilla Montes (MCM), trabajador social y docente pensionado de la Universidad de Costa Rica (UCR), nos sumerge en su vasto recorrido, donde convergen la docencia, la investigación y la extensión. A lo largo de más de treinta años ha formado generaciones de colegas con una mirada crítica, impulsando espacios de reflexión y acción en Trabajo Social. Su labor ha trascendido fronteras al consolidar redes de intercambio de conocimientos en América Latina a través de la digitalización de estos.

Desde su participación activa en la Asociación Latinoamericana de Enseñanza e Investigación en Trabajo Social (ALAIETS) hasta su papel pionero en la creación de la Biblioteca Virtual del Trabajo Social y del Boletín Electrónico Sura, Marcos Chinchilla Montes ha sido un referente clave en la articulación del gremio y en la pluralización del acceso a la información. Esta conversación es una invitación a conocer su historia, sus aportes y su perspectiva sobre los retos actuales y futuros de nuestra (in)disciplina-profesión. Un testimonio imprescindible para quienes buscan comprender el pasado, el presente y las proyecciones del Trabajo Social en el Sur global.

Marcos Chinchilla Montes (MCM): para comenzar, quisiera resaltar que mi contexto de nacimiento —la década de 1960— influyó en muchas de las decisiones que he tomado a lo largo de mi vida. Por ejemplo, no haber abandonado el barrio urbano y marginal en el que fui criado, esta elección fue hecha por convicción política. Mi padre fue fotógrafo, mi madre era ama doméstica, dos personas provenientes del campo que, pese a que no tuvieron una formación académica, me proporcionaron el bienestar necesario y las garantías sociales como la educación primaria, secundaria y un

técnico que me permitió trabajar reparando vehículos que, posteriormente, me facilitó conocer la realidad social.

[382]

En 1979, cuando culminé la secundaria no tenía claro lo que realizaría ni expectativas de ir a la universidad, pues yo pensaba en trabajar y en aportar económicamente a mi familia. En 1983, gracias a la insistencia de mi mamá, ingresé a la universidad. Sin embargo, no entré a un estudiar humanidades. Ocurrió es que en esos primeros años en la Universidad de Costa Rica fui parte de lo que denominábamos “población flotante”, es decir, estudiantes que ingresaron a la universidad, pero que aún no estaban inscritos en una carrera específica. Solo hasta 1988 ingresé a la Escuela de Trabajo Social, luego de una entrevista que me realizó la profesora Ana Ruíz y gracias a una beca que cubría el costo de matrícula, transporte, alimentación, libros y estadía en la Universidad de Costa Rica. Pero, en ese tiempo, uno de los retos que enfrenté fue ser uno de los pocos hombres en un espacio en el cual abundaban las mujeres, por supuesto, este era un problema del machismo de aquel momento.

No obstante, poco a poco gané sensibilidad y claridad respecto al Trabajo Social como profesión y todo esto me fue motivando a participar en un partido político estudiantil y en la Junta Directiva de la Asociación de Estudiantes. No obstante, al poco tiempo dejé de asistir, pues eran espacios en los que no había pensamiento crítico, es decir, eran espacios en los que solo primaban los intereses particulares e institucionales de la directora de aquel momento, Flor Isabel Ramírez. De modo, que noté la imposibilidad de construir de manera colectiva.

Este mismo panorama lo sentimos con la carrera, pues, junto a unas compañeras, manifestamos que la formación que recibíamos era muy “bancaria”, mecánica y repetitiva, es decir, que no había cabida para el debate. Por consiguiente, tomamos la iniciativa de buscar nuevas lecturas y acciones que enriquecieran nuestro aprendizaje; por ejemplo, realizamos giras a comunidades indígenas, campesinas y afrodescendientes. Estas acciones nos acercaron a realidades sociales diversas que generaron cuestionamientos alusivos a lo que era o debía ser el Trabajo Social y, además, una ruptura significativa respecto a mi formación católica producto de una visión crítica del Trabajo Social, de la Sociología y de la lectura de publicaciones del *Semanario Universidad*. Todo esto me llevó a ser ateo, claro está que

desde el pensamiento naturalista y marxista. De este modo, mi postura me permitió reconocer un Trabajo Social que se deconstruye en la relación con las comunidades y que construimos lxs estudiantes y lxs profesionales desde las practicas académicas.

Así, la mirada crítica siempre primó. En cuanto a las prácticas académicas que hicieron parte de mi formación: la primera práctica consistía en convivir con las comunidades tres días, quince días y un mes respectivamente; la segunda, eminentemente comunitaria, implicaba trabajar con comunidades; la tercera práctica era de corte institucional; y la cuarta práctica era de naturaleza gerencial, en la que realizábamos trabajo con población migrante. Además, los cursos teóricos y la formación humanística, generó bastantes interrogantes como ¿qué era y es el Trabajo Social? De hecho, hasta el cuarto año de carrera logré vincular con mayor claridad el Trabajo Social con el cumplimiento de los derechos humanos. Recuerdo que esto ocurrió cuando asistí a un curso de la profesora Laura Guzmán en el Instituto Interamericano de Derechos Humanos, una experiencia académica en la que conocimos el enfoque de género, las metodologías, las técnicas e instrumentos de la investigación como las entrevistas y herramientas informáticas que procesaban información como el SPSS. Además, la formación doctoral de la profesora Laura le permitió trabajar con computadoras y *software* para el procesamiento de información; por tanto, cuando ella volvió de Estados Unidos impartió en sus clases herramientas que nos fueron sumergiendo en el campo de la informática.

También quiero mencionar a otra docente muy importante para mi formación académica: la profesora Lorena Molina, quien fue elegida como directora de la Escuela de Trabajo Social entre 1990-1991, pues bajo su dirección se dio apertura a una iniciativa en la que, teniendo en cuenta los méritos académicos, los estudiantes podían trabajar en la universidad y eran remunerados bajo la modalidad de “horas asistente”. Gracias a esto ingresé a la Escuela de Trabajo Social como asistente en la Sección de investigación. Entonces, la profesora Ivette Campos me solicitó apoyar una actividad de investigación en la Biblioteca Eugenio Fonseca Tortós de la Facultad de Ciencias Sociales. Durante este tiempo aprendí acerca de los procesos de catalogación de documentos que, posteriormente, apliqué en la Biblioteca Virtual de Trabajo Social.

[383]

[384]

Con la profesora Lorena Molina participé en un proyecto de investigación sobre el desarrollo y las condiciones académicas y gremiales del Trabajo Social en Costa Rica que fue financiado por la Asociación Latinoamericana de Escuelas de Trabajo Social (ALAETS) y el Centro Latinoamericano de Trabajo Social (CELATS). Los resultados de esa investigación fueron publicados en la revista *Acción Crítica* que, de nuevo, ampliaron mi perspectiva acerca del Trabajo Social como profesión y a entidades como ALAETS y CELATS.

Sumado a lo anterior, estuve vinculado a la representación estudiantil, apoyé a la Federación de Estudiantes en favor de una reforma al plan de estudios y participé en distintos movimientos sociales en defensa de la institucionalidad y la universidad pública. Todo esto fue durante el gobierno de Calderón Fournier, un presidente que pretendía privatizar la educación pública. De modo que siempre tuve un compromiso profundo con debatir y cuestionar; una actitud que no era bien vista por algunas docentes, pero que demostró ante los docentes mi compromiso con la universidad pública.

En 1992, Liliana Solano me invitó a trabajar en un proyecto de investigación con el Instituto Tecnológico de Jerusalén, el Parque de inversiones y el Hospital Nacional de Niños; la finalidad de este proyecto era identificar qué generaba accidentes de tránsito en el país. Para desarrollar las tareas de esta investigación, aprendimos a utilizar el programa estadístico Epi-Info que, comparado con el SPSS, era de operación sencilla y gratuito. De manera simultánea, fui asistente en la Escuela de Trabajo Social e impartí un curso sobre el programa Epi-Info, es decir, sobre su aplicación en la investigación a docentes de la facultad, solicitado por la profesora Nidia Morero. Así, cada uno de estos momentos y experiencias me llevaron a convertirme, con mucho orgullo, en docente de la Universidad de Costa Rica, la universidad más grande del país y de Centroamérica.

En 1993 me gradué como licenciado en Trabajo Social e inicié mis estudios de posgrado en Ciencias Políticas, pero por motivos de salud y otros inconvenientes no pude terminar el trabajo final de graduación.

Maira Judith Contreras Santos (MJCS): ¿Con qué referentes desplegó su devenir en la Universidad de Costa Rica?

MCM: considero que, por la naturaleza de nuestra labor, las prácticas académicas son trabajo profesional, ya que tienen implicaciones ético-políticas

muy severas con las comunidades; por lo tanto, es muy necesaria la rigurosidad y la supervisión en este tipo de intervención. En el caso de las prácticas de carácter institucional es importante la implementación de protocolos que delimitan quienes y cuáles son las condiciones para la participación y el acceso. Nosotros tenemos mucha autonomía para investigar, pero también tenemos compromisos institucionales e investigativos.

[385]

Para cursar las prácticas, en la Universidad de Costa Rica, es necesario realizar 300 horas de trabajo comunal universitario que, sin ser remuneradas, forman interdisciplinariamente al estudiante, por ejemplo, en comunicación y trabajo comunitario que tanto enriquecen al futuro profesional del Trabajo Social. De mis prácticas recuerdo a Laura Martínez, quién me animó a escribir mis primeras letras en el *Semanario Universidad*, y a Osvaldo Durán, destacado líder y analista ambiental.

Mi primer trabajo remunerado fue como asistente de investigación en la Escuela de Trabajo Social, más específicamente en la Sección de Investigación. Allí adquirí un panorama más claro sobre nuevas discusiones y temas de investigación relacionados con el Trabajo Social. También tuve la oportunidad de acercarme a los postulados de la profesora brasileña Consuelo Quiroga; posteriormente, fui consultor en la Organización Internacional del Trabajo e hice parte de la Confederación Superior Universitaria de Centroamérica, una entidad que en aquel momento reunía a todas las universidades públicas de América Central. En esta, me desempeñé en el campo de la estadística y la bibliotecología, dos áreas que no están directamente vinculadas con el Trabajo Social.

Asimismo, fui consultor en varias oportunidades del Instituto Interamericano de Derechos Humanos y del Banco Interamericano de Desarrollo que, junto con la Universidad Católica de Chile, desarrollaron un proyecto de investigación y extensión. Aquí, participé en la construcción y desarrollo de un sitio web de universidades para personas mayores en América Latina. Estas experiencias laborales fueron muy interesantes. Me vincularon a varias iniciativas de Trabajo Social en Chile y fueron acompañadas por colegas como Marcelo Piña y Gladys Olivo.

Quiero resaltar que mi fuerte de acción laboral y profesional ha sido la academia, pues trabajé en la universidad desde 1994 hasta 2023, treinta años de enseñanza, compromisos y muchas amistades tejidas. Respecto a

[386]

este punto, siempre reconozco a la profesora Lorena Molina y, recuerdo mucho de ella una frase: “nosotros fuimos formadas como trabajadoras sociales, no como docentes”, pues aquí se sintetiza el reconocimiento de que, si bien hubo errores en el proceso de aprendizaje, logramos corregir e implementar innovaciones que fortalecieron la formación en Trabajo Social en Costa Rica. También, apoyé a la rectoría en la Comisión de Equipamiento y Desarrollo informático, fui integrante de la Comisión de Dengue, fui asesor del Consejo Universitario, analicé proyectos de ley que el Consejo Universitario solicitaba a nuestra unidad académica como el de una reforma energética que, actualmente, sigue en discusión en la Asamblea Legislativa, y que indica será nociva para los intereses del país.

En la Escuela de Trabajo Social pasé por prácticamente todas las comisiones. Esto es, de Investigación, Acción Social, Docencia y varias comisiones transitorias para sistemas de matrícula y de acreditación. En estos espacios trabajé, junto a Anargerie Solano y Mario Chacón, en la implementación de un sistema de información que nutrió la propuesta de la Oficina de Registro. Haber participado en la Comisión de Docencia fue un reto enorme e incluso me generó cierto temor, pues, el contexto de la pandemia, implicó repensar muchas dinámicas y procesos académicos totalmente novedosos. Por ejemplo, el periodo entre 2022 y 2023 fui tremendamente insistente con la urgencia de avanzar en la reforma del plan de estudios, pues ya tenía 20 años de existencia; sin embargo, no existió el clima político interno para avanzar en esa tarea medular de la unidad académica.

El cargo académico-administrativo que más me satisfizo y el que mejor me permitió conocer la unidad académica, fue el de coordinador de la Comisión de Acción Social durante 20 años. En este punto, agradezco a Nidia Morera y Carmen Castillo quienes, desde sus puestos de directoras, me honraron con la posibilidad de asumir esa coordinación, ya que en este cargo comprendí la importancia del vínculo que debe existir entre la universidad y la sociedad, pues, si recordamos la Reforma de Córdoba y en el Tercer Congreso Universitario de la Universidad de Costa Rica (1973-1974), marcaron hitos importantes para la sociedad costarricense.

En Colombia, a la “Acción” se le denomina como “Extensión”, término usado en gran parte de América del Sur. De entrada, fue un reto enorme presidir la comisión, justamente porque varios compañeros varones que

habían asumido otras comisiones terminaron renunciando, pero yo me mantuve siete años y medio.

MJCS: conversemos de sus principales aportes en investigación y extensión ¿Qué obras destaca en su trayectoria? ¿Qué referentes han guiado sus labores? ¿Cómo ha integrado su experiencia docente e investigativa con la acción social que ha desarrollado?

[387]

MCM: en el campo de la investigación, desarrollé dos proyectos junto a la profesora Marta Picado, quien fue directora de la Escuela de Trabajo Social. Los dos proyectos abordaron temas de participación social y estuvieron fuertemente vinculados con discusiones de carácter ambiental. En Costa Rica, no era muy común relacionar el Trabajo Social con el área ambiental, como sí sucede en Colombia. Sin embargo, mi experiencia personal con los *scouts* y mi respeto y aprecio por la naturaleza, me permitió comprender que este vínculo era fundamental y orgánico para el Trabajo Social, desde una perspectiva de derechos humanos. Para mi sorpresa, la profesora Hania Franceschi, docente en nuestra Escuela de Trabajo Social de la sede Occidente, ya estaba desarrollando investigaciones en esta línea. Aquí es importante reconocer el aporte de diferentes estudiantes quienes, desde una perspectiva de ruptura y crítica, han abordado las problemáticas y los debates ambientales en sus trabajos de graduación, entre ellos están: Geanina Amaya, María José Bermúdez, Valeria Morales, Mariana Gutiérrez, Verónica Barboza y Jocelyn Díaz. De estos dos proyectos de investigación, se publicaron dos o tres artículos que incorporé en cursos prácticos y que, años después, fueron integrados por otros docentes gracias a la Biblioteca Virtual de Trabajo Social; esto permitió que también fueran referenciados a nivel latinoamericano.

Aunque desarrollé investigación académica, mi trabajo se enfocó en la acción social. A modo de ejemplo, en 1995 inicié el proyecto “Fortaleciendo la presencia de la Escuela de Trabajo Social en Internet” o Biblioteca Virtual o Boletín Electrónico Surá. Esta iniciativa hizo parte de la Vicerrectoría de Investigación entre 1999 y 2000 y, posteriormente, de Acción Social. Este proyecto se mantuvo hasta 2022, cuando la dirección de la escuela decidió cerrarlo. En 2017, la Biblioteca tenía casi dos millones de visitantes, más de cinco mil documentos disponibles y alrededor de diez mil usuarios. Sin embargo, luego del cierre, decidí retomarlo de manera personal hasta

la fecha. Pese a que coordiné esa iniciativa por varias décadas, me resultó imposible elaborar publicaciones sobre sus logros y limitaciones.

[388]

Además, tuve a mi cargo la vinculación internacional en la unidad académica, un programa que nos brindó la posibilidad de recibir gran cantidad de extranjeros destacados como Teresa Matus, Alfredo Carballada, Cecilia Aguayo y Vicente de Paula Faleiros, en resumen, docentes y estudiantes de España, Estados Unidos y Sudamérica. También, logramos enviar a estudiantes costarricenses al extranjero. El intercambio generó una gran ganancia en términos de presencia internacional y vínculos interuniversitarios. De todo este programa se elaboraron informes que sirvieron para el reconocimiento académico del Trabajo Social en la Universidad de Costa Rica, pero que no se materializaron en publicaciones académicas. Quizás ahora, estando jubilado, pueda escribir un poco sobre estos temas.

Igualmente, quiero rescatar mi participación en varios proyectos de Trabajo Comunal Universitario (TCU). A lo largo de mi carrera, tuve a mi cargo tres o cuatro proyectos de este tipo. Uno de ellos estuvo dirigido a comunidades urbano-marginales al oeste de San José y otro que, aunque inicialmente se enfocaba en el dengue, cambió de rumbo cuando advertimos que la comunidad no tenía interés en ese tema. En su lugar, trabajamos en derechos humanos y otros aspectos fundamentales para la población. Asimismo, desarrollé un proyecto sobre el trabajo sexual y la explotación comercial, que tuvo un impacto importante y se mantuvo activo durante varios años. Si bien no los publiqué, al hacer el balance me percaté de sus impactos y de sus relevantes logros. Muchos de estos proyectos contribuyeron a la protección de niñas, adolescentes y mujeres, fortalecieron la participación comunitaria y dejaron un legado significativo en las comunidades con las que trabajamos.

Por su parte, la docencia, es un ámbito que no depende únicamente del docente, pues en su hacer influyen las prioridades establecidas por la escuela. Comencé impartiendo un curso sobre investigación en computadoras y, luego, cursos sobre política social y teoría del Estado; ideología, ética y derechos humanos; movimientos sociales; historia del Trabajo Social; fundamentos de la profesión y participación social. Cada uno de estos temas es fundamental para analizar los elementos ético-políticos que han guiado nuestro ejercicio profesional latinoamericano.

Durante varios años estuve al frente de dos cursos clave para el plan de estudios: fue sobre la dimensión teórico-metodológica y ético-política del Trabajo Social clásico norteamericano, abordando la influencia que tuvo en Costa Rica, las rupturas generadas por la Reconceptualización y los procesos históricos y políticos del país. Los fundamentos histórico-críticos del Trabajo Social integrando algunos de los artículos que escribí para eventos académicos en Colombia, Chile, Argentina, Panamá y Perú.

[389]

En el 2004 asumí todos los niveles de práctica del plan de estudios. Siempre resalto las prácticas como espacios de aprendizaje enriquecedores para lxs estudiantes y, por supuesto para lxs docentes, ya que necesitan supervisión, acompañamiento, revisión de textos, visitas a comunidades e instituciones. Si bien son espacios agotadores y con cierto nivel de incertidumbre, las prácticas generan estrechas interacciones con el estudiantado y, en mi caso, me permitió tejer relaciones de amistad, respeto y fraternidad que se mantienen hasta el presente.

En favor de los estudiantes, siempre intenté fomentar el intercambio académico internacional y, por este motivo, incentivé que estudiantes interesados participaran en congresos y debates con ponencias, esto con el objetivo de contribuir a experiencias que lxs acercaran a la docencia. En estas actividades académicas viajamos a Guatemala, Nicaragua, Panamá, Ecuador, Colombia y Cuba. Fue muy significativo porque muchas de esas estudiantes, al igual que yo, provenían de clases populares y lograron compartir espacios académicos con personas tan importantes como Teresa Spalding, Nilsa Burgos, Esterla Barreto o María Lucía Martinelli. Me gusta resaltar que estos logros se obtuvieron gracias al compromiso con el Trabajo Social y al apoyo de la universidad.

MJCS: profesor, existe una labor fundamental que aún no nos ha mencionado y que, a mi juicio, representa una de sus mayores contribuciones: la divulgación de conocimientos producidos en el Trabajo Social. Usted ha trabajado en la circulación de conocimientos en el Sur Global. ¿Cómo inició, con qué propósito, qué logros ha obtenido?, y ¿cómo podría conceptualizar esta labor considerando el contexto complejo en el que materializó su propuesta?

MCM: la historia es larga, pero interesante. Este trabajo ha sido un esfuerzo de resistencia política-académica, pero también de socialización y democratización de nuestros conocimientos latinoamericanos.

[390]

Como lo mencioné con la profesora Laura Guzmán aprendí varios componentes de la parte investigativa, pero fundamentalmente del procesamiento de datos en computadoras. En 1991, en el quinto año de la carrera, Laura logró conseguir unas computadoras que instaló en la Facultad de Ciencias Sociales. En ese momento, comenzamos a utilizar el SPSS y a programarlo para obtener resultados estadísticos. Sumado a esto, cuando inicié la licenciatura, mi hermano compró una computadora antigua con la que exploré el funcionamiento de sistemas operativos y comprendí lo que está detrás de Windows, Linux, macOS o Android. Luego, en 1993, empecé a expandir mi panorama gracias a una nota que encontré en el *Semanario Universidad*. En esta se aludía al uso del sistema de comunicación *Binet* y a los primeros ensayos con Internet en la Universidad de Costa Rica. Todo este interés por lo informático, me llevó a inscribirme, en 1994, a cursos libres para utilizar internet, Mosaic (el precursor de *Netscape*), Chrome, Mozilla o Edge, FTP, que después fueron clave para nuestra página web, y *Finger*, una herramienta para comunicaciones virtuales rápidas. Asimismo, aprendí sobre el uso de correos electrónicos, navegación vía texto y algo de comandos UNIX y Linux.

De modo que, emprendí una exploración de los recursos existentes en el Internet a mediados de la década de 1990 dándome cuenta que solo había dos datos sobre Trabajo Social: la promoción de una maestría en Argentina y una revista de Trabajo Social estadounidense con algunos documentos en línea. Este panorama me preocupó. Consideré necesario compartir el impacto de la Reconceptualización, pues era conocimiento importante para potenciar el enfoque y la redefinición del Trabajo Social en América Latina. Entonces, pensé: “Si no cuidamos nuestros propios conocimientos, el Trabajo Social norteamericano puede borrar nuestros logros, porque ellos sí tienen recursos económicos e informáticos y nosotros no”. Así, comencé a soñar con la idea de crear una plataforma que fortaleciera la presencia del Trabajo Social latinoamericano en Internet y, por supuesto, que resaltara la Escuela de Trabajo Social. No obstante, en ese momento la comunicación con pares de otros territorios era compleja o, muchas veces, nula.

Cuando quise comenzar el proyecto de difusión me enfrenté a una falta de infraestructura que frenó la iniciativa. Por ello, en el marco del XV Seminario Latinoamericano de Escuelas de Trabajo Social en Guatemala (1995), propuse crear el Boletín Electrónico Surá. Al presentarlo a Ana Ruiz, directora de la escuela, noté que no había confianza respecto a las posibilidades y los futuros de esta iniciativa. El panorama era algo complejo en torno al conocimiento o al uso del Internet, por ejemplo, en este evento académico, además de mí, solo dos colegas tenían correo electrónico: Jesús Glay Mejía de Colombia, y Carlos Montaña de Brasil. De modo que, entre los tres conformamos esta pequeña red para compartir información, sobre todo textos académicos. Sin embargo, me percaté de la necesidad de ampliar la iniciativa, pues era importante visibilizar nuestros conocimientos. Para lograr esas metas, asistí a un curso alusivo a la creación páginas web en formato HTML que fue impartido por y Gladys Hidalgo y Luis Blanco. Al conocer mi proyecto, la profesora Gladys se ofreció a orientarme en aspectos técnicos y poco a poco, construí la primera página web de Trabajo Social y de Ciencias Sociales en la Universidad que, mediante la publicación de información de la Escuela de Trabajo Social, pasó a ser el Boletín electrónico y, posteriormente, la Biblioteca Virtual.

Cuando el Boletín surgió hubo una dirección política definida que buscó reivindicar y visibilizar los aportes y los conocimientos producidos en América Latina. Esta postura suponía socializar y estimular la producción de conocimientos mediante la generación de espacios de encuentro y debate académico y profesional. Cada iniciativa se pensó siempre de manera plural y en la que muchas voces aportaran de forma crítica. Insisto en que el objetivo era visibilizar nuestros conocimientos frente a perspectivas dominantes del Trabajo Social mundial con carácter conservador y funcionalista. Entonces, desde un inicio, se pensó en incentivar un espacio de encuentro latinoamericano fraterno y riguroso donde pudiéramos fortalecer nuestra identidad latinoamericana y democratizar el acceso a la información.

El Boletín fue de acceso abierto y diverso, carácter que lo hizo blanco de múltiples críticas de personas que consideraban o pertenecían a una única línea crítica. Sin embargo, siempre he defendido cómo en América Latina existen muchas perspectivas, que deben tener su espacio, pues todas

[392]

aportan y son susceptibles de controversias. Para comenzar, en el primer boletín publicamos los resúmenes de tesis de la Carrera de Trabajo Social de la sede de la Universidad de Costa Rica. En el segundo Boletín se publicó el trabajo de una compañera que se desempeñaba como socioterapeuta en Costa Rica, este documento se compartió a quince personas. En el tercer Boletín apareció el texto de Carlos Montaña sobre la génesis del Trabajo Social. A partir de ahí, el proyecto creció y se consolidó de manera exponencial siendo lxs estudiantes y colegas el público objetivo; este crecimiento implicó conseguir recursos como una computadora, una conexión telefónica y mucho tiempo de aprendizaje. Junto a Juan José Marín, compañero de la Escuela de Historia, comenzamos a intercambiar conocimientos y poco a poco construimos un sitio Web con mejor información que la de la Facultad de Ciencias Sociales. Nuestra página Web surgió en 1995. Solo hasta el siguiente año se logró cargar el primer documento en internet. El texto con el que se abrió la Biblioteca Virtual de Trabajo Social (BVTS) fue con la tesis de maestría que escribimos con lxs colegas Calvo, Coto y Pacheco. Luego, nuestra preocupación fue responder a la cantidad de suscriptores que aumentaba rápidamente. Eran miles, y queríamos que cada uno de ellos pudiera acceder a los documentos de manera automática y no solo a través del envío por correo. Entonces, construimos directorios regidos por categorías que permitieron organizar los materiales: producción de docentes de la Escuela de Trabajo Social; trabajos finales de graduación; publicaciones de América Latina; revistas de Trabajo Social de Costa Rica. Un material que no estaba a disposición y que las subimos en la BVTS. En 2001, logramos montar un sistema bibliotecológico con el programa Isis y, posteriormente, con Win Isis, desarrollados y respaldados por la ONU-CEPAL para que los usuarios pudieran encontrar y consultar los documentos de una manera sencilla.

A partir de 2001, vimos la necesidad de capacitar a lxs estudiantes de la universidad en aspectos técnicos como la catalogación de documentos; el uso de palabras clave; la identificación de países de origen de los artículos; la organización por autores y apellidos. Ya teníamos todo listo: los documentos catalogados y una red de bibliotecas de Ciencias Sociales, tanto en nuestra universidad como en la Universidad Nacional (iniciativa conocida como Comunidad Universitaria de Unidades de Información

Especializadas en Ciencias Sociales, CUUICS). También, comenzamos la búsqueda de financiamiento de un *software* que presentamos a la entonces directora de la unidad académica, Marta Picado. Ella autorizó la compra de un *software* desarrollado en Brasil (WWWISIS). Así, implementamos el primer Sistema de Bibliotecas, Documentación e Información (SIBDI-UCR). El sistema ofrecía la posibilidad de descargar documentos en línea y, junto a cómplices de toda América Latina, recolectamos información de congresos, artículos y libros que enviaban las personas. Recuerdo que Cecilia Aguayo nos envió ese primer libro que publicamos. Esto demuestra cómo una iniciativa colectiva contribuye a la expansión de un repositorio de conocimiento tan importante.

[393]

Con el surgimiento de Google todo cambió significativamente, pues dicho motor de búsqueda tiene la ventaja de rastrear toda la web de forma automática. Esto disminuyó la importancia de nuestros sistemas internos de búsqueda. Más adelante implementamos un canal de videos que alcanzó tres mil suscriptores, aunque no fue promocionado. En 2017, hice la última estadística y arrojó que estábamos cerca de alcanzar los dos millones de visitas y más de treinta mil seguidores en el canal de Facebook de la BVTS. Pero aclaro que para mí lo más importante fue el rescate, la visibilidad y la reivindicación de los conocimientos y las obras latinoamericanas. Esta apuesta política buscó una perspectiva crítica ante los enfoques dominantes en la educación y en la difusión del saber.

Después vendrían otras iniciativas similares, como la de César Barrantes en Venezuela, sin embargo, con la su muerte la plataforma RELATS desapareció. Afortunadamente, con el tiempo surgieron numerosos repositorios que, como de la Universidad Nacional de Colombia, han tenido una filosofía latinoamericana basada en la publicación de acceso abierto que, sin caer en las dinámicas de pago o de lógica *mainstream*, los cuales conciben la investigación como un saber que se comparte y no se mercantiliza.

Considero que hicimos cosas realmente innovadoras. Por ejemplo, con Juan Barreix y Luis Fernández, montamos un repositorio de documentos inéditos y de textos olvidados acerca de la Reconceptualización. Si bien este proceso había concluido, se aportaron contenidos sobre el mismo. Además, estos repositorios sirvieron para recopilar información clave de un momento histórico en el que no se quería reconocer al Trabajo Social

como una disciplina de las Ciencias Sociales en Colombia. Por muchos años, tuvimos acceso a los contenidos de la ALAETS y la ALAEITS con el fin de reconstruir buena parte de la historia del Trabajo Social en América Latina. Además, este repositorio digital fue el que guardó y difundió la revista *Acción Crítica y Hoy en el Trabajo Social*, logrando consolidar la divulgación de libros. En consecuencia, este ha sido uno de mis proyectos más importantes y, por ello, escribí un artículo que aborda las potencialidades del Trabajo Social, el internet y la informática.

En la actualidad, veo con preocupación la mercantilización y la banalización del conocimiento en plataformas como Facebook, Instagram, WhatsApp o X, pues en ellas reside contenido intrascendente y sin direccionalidad política crítica. Una práctica que también se da en, por ejemplo, América Latina es la instalación de diversas empresas que, sin legitimidad académica organizativa, mercantilizan el Trabajo Social mediante la oferta de cursos mediocres. En pocas palabras, en el mundo existe una tergiversación del conocimiento que, sin garantías académicas, comercializa indiscriminadamente el conocimiento.

Desde el 2022, con la aparición de Chat GPT y la avalancha de inteligencias artificiales, se evidencia que la tecnología transforma la producción de conocimientos y el desarrollo de las intervenciones en el Trabajo Social. Además, creo que estas tecnologías cambiarán la manera en la que se forma en las universidades. Por lo tanto, es importante reflexionar acerca de cómo prevenir o reaccionar ante el uso de la inteligencia artificial y, mucho más, si esta es controlada por intereses mercantiles dentro del modelo de producción capitalista.

MJCS: sí, muy interesante. Me parece necesario profundizar en un punto clave: ¿cuáles han sido los aspectos favorables y desfavorables del contexto en el que usted materializó su obra de difusión de conocimientos? ¿Qué innovaciones, convergencias y divergencias surgieron a partir de la cristalización de su iniciativa? ¿Qué dilemas, tensiones o paradojas se han desencadenado en el ejercicio (in)disciplinar-profesional del Trabajo Social con la consolidación de su obra? ¿Cómo podríamos contextualizar estos procesos y analizarlos en retrospectiva?

Además, me llama la atención que hable de la biblioteca en pasado y, por ello, le pregunto ¿Por qué cree que se suspende un proyecto tan pertinente,

relevante y significativo para el Trabajo Social latinoamericano en la misma universidad? ¿Cuáles fueron las contradicciones que condujeron a tomar esa decisión en su alma máter? ¿Qué factores explican la ruptura de un proceso que, claramente, estaba fortaleciendo al Trabajo Social y su proyección?

MCM: de nuevo quisiera referirme a Laura Guzmán y su incidencia en la enseñanza de la computación a varias generaciones de estudiantes en la unidad académica; reconocer el papel visionario de la Universidad de Costa Rica y de figuras como Guy de Téramond, quien impulsó el desarrollo de *Bitnet* y el del Internet en Costa Rica y en la Universidad de Costa. En la década de 1990, muchos comenzamos a aprovechar la tecnología para desarrollar diferentes iniciativas de acceso al conocimiento. El tema de los repositorios documentales no es nuevo, pues existía el FTP (File Transfer Protocol), una herramienta que permitía almacenar y compartir documentos de manera más restringida respecto a los repositorios actuales. Claro que estas iniciativas no hubieran sido posibles sin el interés de muchos por mantener los espacios virtuales. Por esto, agradezco a las directoras de la unidad académica: Ana Ruiz, Emilia Molina, Lorena Molina, Marta Picado, Nidia Morera, Carmen Castillo y Rita Meoño.

Ahora bien, desde 2022, la nueva directora de la Escuela interrumpió el desarrollo del repositorio, pues los contenidos, los libros, los trabajos finales de graduación, los artículos, los audios y la divulgación de actividades académicas fueron abruptamente suspendidos y, con ello, se restringió el acceso de estudiantes y de colegas a esa información. A esta pérdida significativa para toda Latinoamérica, se sumó la desaparición de documentos sobre la gestión administrativa y académica de la ALAEITS que se había recolectado desde 2006.

En cuanto a las razones, señalaron faltas de seguridad y un convenio formal con ALAEITS, pero para mí, esta desafortunada decisión, estuvo mediada por una situación de naturaleza política. Ahora bien, nosotros logramos salvar la información gracias a que los archivos binarios aún existían, pero lamentamos el trabajo invertido en esa plataforma. Fueron cincuenta años de esfuerzo que se disiparon rápidamente. La Biblioteca Virtual de Trabajo Social fue un punto de encuentro para el Trabajo Social latinoamericano; al igual que un espacio clave para encontrar documentos producidos por estudiantes de las maestrías, informes de los encuentros

[396]

académicos, revistas y libros recientes. Cuando la directora decidió eliminar esa información la Escuela de Trabajo Social perdió una perspectiva estratégica fundamental: la oportunidad y la posibilidad de vincularse activamente con el Trabajo Social latinoamericano. Su decisión de clausurar el repositorio desmanteló el papel de faro del conocimiento de la unidad académica recopilaba y distribuía información clave para la profesión.

Afortunadamente, la misma directora, y otro compañero, impulsaron un nuevo sistema. Sin embargo, en lugar de recuperar toda la iniciativa que lo antecedió, prefirieron iniciar de cero. Por mi parte, como conservo los contactos de correo electrónico de cerca de 10 mil colegas, he seguido con esa labor hasta el día de hoy. Lxs colegas siguen enviando información y agradeciendo la socialización. A esta altura me sigue impresionando cuando me contactan para solicitar documentos que ya no son accesibles.

MJS: profesor, lo que nos ha relatado es impresionante. Frente a decisiones de cierre o clausura a iniciativas de producción, circulación o aplicación de conocimientos en Trabajo Social con resultados, impactos y efectos positivos, surgen preguntas de distinto orden ¿qué plantearon los gremios al respecto? ¿Qué inconformidades surgieron tras el cierre de esos procesos? ¿Qué continuidades y rupturas fomentaron en los horizontes y las acciones del Trabajo Social en América Latina? ¿Contribuyeron a generar resistencias ante las órdenes vigentes en cada uno de esos países? ¿Qué reconfiguraciones ocasionaron?

MCM: bueno, por los informes que debía elaborar siempre tuve que recurrir a gran cantidad de datos estadísticos y cuantitativos, pero también a información cualitativa. El hecho de contar con una base de datos compuesta por cerca de 10.000 personas usuarias y consultoras de la información es sumamente relevante, pues indica que el repositorio sigue siendo útil y necesario. Además, haber alcanzado 2 millones de visitantes en 2017 demuestra la importancia de la Biblioteca, pues al consultar en Google Scholar queda claro que los resultados muestran un gran impacto y enorme citación de nuestro medio de difusión y de los contenidos publicados.

Quiero mencionar que el cierre de la Biblioteca Virtual de Trabajo Social se dio en una coyuntura mundial compleja: la sindemia por covid-19, un contexto en el que había otras preocupaciones en materia de formación e intervención profesional. Creo que la calidad formativa tuvo una caída

con pérdidas de conocimiento importante para las estudiantes, así como un deterioro en el desarrollo de habilidades en materia de investigación y pensamiento crítico. Docentes de otros países de América Latina, al igual que usted, han expresado su sorpresa ante el cierre de la Biblioteca Virtual de Trabajo Social y del *Boletín Electrónico Surá*.

Actualmente, no sé cuántas personas consultan el nuevo sistema, pero prosigo compartiendo los nuevos documentos que me llegan, con la esperanza de que, en algún momento, esto pueda revertirse. Tengo la expectativa de que lleguen tiempos mejores, con mayor claridad política y estratégica en beneficio del Trabajo Social Latinoamericano. Aunque ya estoy jubilado, esta iniciativa pueda ser retomada y fortalecida, sobre todo, en una coyuntura en la cual la inteligencia artificial amenaza la producción de conocimientos y el trabajo profesional del Trabajo Social.

MJCS: profesor, en mi criterio, usted es el pionero del Trabajo Social digital latinoamericano. Al revisar las historias de Trabajo Social, es evidente que su contribución ha marcado un hito en ellas. Aquí conecto con el tema de las historiografías y las epistemologías del Trabajo Social, que venimos abordando en este número de la revista. ¿Qué se narra y qué se debería narrar sobre las historias del Trabajo Social digital latinoamericano? ¿Por qué es clave conocer esas historias? ¿Qué aportan las interpretaciones historiográficas del Trabajo Social? ¿Qué elementos esenciales debería incluir toda historiografía del Trabajo Social digital? ¿Cuáles serían las perspectivas con las que se podrían (re)construir estas narrativas? ¿Qué significa hablar de Trabajo Social digital en el Sur Global? De hecho, se trata de comprender sus significados y sus implicaciones en nuestro contexto.

MCM: valoro que en sus 100 años de instauración, el Trabajo Social latinoamericano ha hecho aportes de enorme relevancia mediante cuestionamientos y replanteamientos de diversos escenarios. También se han generado diálogos con otras y posibilidades de consolidar conocimientos e intervenir en la complejidad de la realidad social, pues se logró pasar de lo meramente interventivo a la producción de conocimientos científicos. Sumado a esto, con la Reconceptualización se dieron cambios ontológicos que permitieron entender la historia haciendo historia y reconstruir la realidad en favor de la justicia social; darles voz a las personas oprimidas y ser parte de los movimientos sociales que exigen construcción de ciudadanía.

[397]

[398]

Con ello, se abrió un proyecto ético-político colectivo y emancipador que, a diferencia de la Sociología, da cuenta de la materialización del Trabajo Social con los métodos de caso, grupo y comunidad, de influencia norteamericana, que siguen vigentes. Al respecto, vale la pena señalar que, a principios del milenio, la obra de Molina y Romero replanteó los métodos de intervención asistencial, socioeducativa y terapéutica.

Esto me lleva a mencionar que no podemos dejar de lado el Trabajo Social crítico; el Trabajo Social en salud; Trabajo Social con población privada de libertad, el Trabajo Social forense, pues cada uno de ellos ha tenido un desenvolvimiento específico que requiere mayor teorización. En cuanto a una historiografía de un Trabajo Social digital, décadas atrás publiqué un texto sobre posibles escenarios de su desarrollo que han venido ocurriendo con algunas variantes. También, he asesorado trabajos de graduación, artículos y libros que abordan el tema pero que no están en clave de historiografía. Ahora bien, considero que el Trabajo Social es un usuario final de esta tecnología, es decir, que la mayor parte de nosotrxs no tiene el conocimiento, el tiempo o los recursos para sentarse a desarrollar un programa. El tema es complejo que requiere dedicación y en su mayoría los que ofrecen este servicio son grandes informáticos, grandes empresas capitalistas que restringen la filosofía del acceso libre. Claro está que existen pocas excepciones como Linux que es libre, pero requiere la intervención de programadores expertos.

En este punto, recalco que algunas colegas realizaron estudios de posgrado en Estados Unidos en los cuales usaron sistemas informáticos que les facilitaron almacenar, procesar y analizar la información recolectada. Su formación estadística, anclada al paradigma positivista les permitió elaborar diferentes informes o sus trabajos finales de graduación recurriendo a una incipiente ofimática que mejoró sus capacidades de escritura e interpretaciones. Igualmente, un aspecto que me parece medular, es el arribo de la ofimática a la administración pública. Para las profesionales en Trabajo Social casi que fue una obligación relacionarse con la informática que abarcaba la elaboración de textos, el almacenamiento de información en bases de datos; la realización de presentaciones multimedia; la gestión de proyectos; la edición de material divulgativo o incluso en el acceso a sistemas institucionales. Esto supuso complejidades para las colegas de mayor

edad, pues implicó adquirir aprendizajes que los centros educativos debieron asumir. Actualmente, las nuevas generaciones de profesionales están plenamente familiarizadas con la utilización de las herramientas tecnológicas e incluso tienen dominio del enorme universo de aplicaciones para Android e iOS.

Otro momento de esa historiografía de naturaleza aún más amplia fue el arribo de la Internet. La disponibilidad de equipos de computación fue clave en ambos casos, pero especialmente con la llegada de los teléfonos inteligentes, las tabletas, y la masificación de las computadoras personales. Con la Internet aparecieron el correo electrónico, los sitios web, las redes sociales, los repositorios institucionales y, por supuesto, la Biblioteca Virtual de Trabajo Social. Además, se amplió la comunicación con aplicaciones como Skype, WhatsApp o Telegram que, si bien han beneficiado al Trabajo Social, también han causado relaciones más impersonales las cuales, siguiendo a Bauman, hablan de vivir en una realidad líquida. Las herramientas como Zoom, Teams y Meet fueron indispensables en el contexto de la sindemia, pues permitieron la comunicación y la continuidad de la educación. Sin embargo, se dio un retroceso profesional con la banalización del Trabajo Social, auge de cientos de contenidos mediocres y abundante mercantilización de la profesión.

Desde noviembre de 2022 ha tomado fuerza el uso de la inteligencia artificial (IA) y con ello, reitero que somos usuarios finales. En este punto, no puedo negar mi preocupación acerca de los impactos que puede tener en la formación académica; en la producción de conocimientos y en la intervención profesional. Por ejemplo, la última versión de ATLAS Ti fue enriquecida con IA, lo que ha provocado que la misma herramienta cuente con capacidad para analizar e interpretar la información. Y sumemos a esto, la presencia de *chatbots* que realizan docencia o apoyo psicológico. De ahí que el panorama es complejo pero existen colegas que siguen desarrollando sistemas informáticos institucionales y de *Big Data*.

Para mí esto ha sido, ante todo, un ejercicio de resistencia por la salvaguarda del carácter académico y no solo técnico de la labor del docente o del profesional del Trabajo Social. Creo que en esto radica una de las tensiones que llevó al cierre de la Biblioteca Virtual de Trabajo Social, pues la mayoría de veces se concibió como una colección de documentos o como

[400]

un repositorio de información, sin tener en cuenta que también es un lugar de encuentro latinoamericano. Esta idea surgió de mi experiencia en la Biblioteca Eugenia Fonseca Tortós, pues solíamos reunirnos investigadores e investigadoras para intercambiar conocimientos. La actual idea de biblioteca pierde esa dimensión. Por ello, reivindico constantemente otras perspectivas que piensan en encuentros y fortalecimientos del Trabajo Social.

Ahora bien, soy consciente de que somos pocos los que nos dedicamos a esto. Por consiguiente, debemos seguir trabajando en la construcción de espacios de reflexión e integración con el objetivo de consolidar espacios comunitarios donde podamos divulgar lo que estamos haciendo en el Trabajo Social latinoamericano. De este modo, podremos tener mejores posibilidades de articulación y, con ello, de pensar acerca de lo que creemos que es y debe hacer el Trabajo Social, pues nuestra autonomía de acción y de pensamiento, como plantearon Nicos Poulantzas y Marilda Iamamoto, es necesaria para transformar.

Esa capacidad crítica que, por ahora la inteligencia artificial no posee, nos permite preguntarnos ¿cómo entendemos América Latina? ¿Como un continente unido o como un territorio subordinado a potencias imperialistas; un territorio en resistencia o en sumisión; un espacio de articulación de procesos y de intercambio de conocimientos? También, a cuestionarnos ¿Qué lugar ocupan nuestras universidades en todo esto? ¿Queremos que continúen siendo centros de investigación y producción de conocimientos, vinculados a las comunidades y sus demandas? ¿O queremos que se integren al *mainstream* académico, priorizando solo la indexación, los circuitos cerrados de producción científica y los negocios mercantiles? ¿Qué pasa con nuestros proyectos educativos? ¿Queremos que sean críticos o que se basen únicamente en competencias? ¿Vamos a dejarlos en manos de la inteligencia artificial, para que ella sea quien los diseñe y los regule?

Justamente, en el evento mundial del año pasado en Panamá, presenté una ponencia sobre inteligencia artificial que incluyó un plan de estudios elaborado con IA; señalando la rapidez con la que lo generé y la pérdida de discusión que antes teníamos al momento de reformar procesos o mallas curriculares. Entonces, la pregunta que debemos hacernos es: ¿Dónde quedamos los seres humanos en todo esto? ¿Cuál es nuestra posición política

frente a estos cambios? Quiero insistir en esto: así como la apropiación tecnológica tiene grandes logros, también puede traer enormes limitaciones.

Lo que debería ocurrir con ello es la estimulación de nuestra capacidad de pensamiento, razonamiento y propuesta, pero lo que está ocurriendo y podría ser un gran riesgo que puede darse es que esas capacidades se anulen por el uso de la IA. Así lo planteó el filósofo israelí, Yuval Harari, quien mencionó cómo la inteligencia artificial ya no solo procesa datos, sino que empieza a construir la conciencia humana enfrentamos un mayor peligro. En este punto, quiero invitar a que imaginemos un escenario en el que una máquina sea la que determine qué información es importante recordar o una inteligencia artificial construya nuestra historia y nuestros discursos. Lamentablemente, las generaciones más jóvenes y las universidades no tienen plena conciencia de esto. A modo de ejemplo, en un evento académico en Chile tuve una reacción sui géneris, porque me di cuenta que un colega me presentó y dijo: “Él ha escrito mucho sobre informática y las grandes ventajas de la tecnología en el Trabajo Social”. Cuando él terminó mi presentación, surgieron una serie de dudas a partir de las cuales yo pensaba que, si bien el SPSS me permitió reducir en segundos el tiempo de análisis de datos estadísticos, ahora esa herramienta definiría los contenidos y las interpretaciones de las investigaciones. Entonces, ¿nosotros simplemente proporcionamos información y ellas generan las investigaciones y los resultados? Esto me preocupa profundamente porque ¿dónde queda la capacidad humana para interpretar la realidad? Y ¿qué consecuencias puede tener en las acciones y resultados que surgen en el Trabajo Social y las Ciencias Sociales en general?

Si hay algo en lo que todos coincidimos, es que la investigación y la producción de conocimientos han fortalecido nuestro campo. Pienso, por ejemplo, en si la sistematización, aporte del profesional latinoamericano, es asumida por una inteligencia artificial; también, pienso en la pérdida de capacidad de análisis y autonomía profesional si un *chatbot* o un algoritmo escribe y publica en nuestro lugar, es decir, estaríamos retrocediendo 70 u 80 años en el desarrollo del Trabajo Social.

Los primeros avances en informática y Trabajo Social estuvieron liderados por Evaristo Colman, Pedro Fanega, César Barrantes y yo. Esta situación provocó que, en su momento, la colega chilena Lucy Ketterer, de la

[402]

Universidad de la Frontera, criticara con vehemencia ese sesgo de género. Ahora puedo decir que las condiciones patriarcales de nuestras sociedades nos dieron mayores oportunidades a los hombres que a las mujeres para apropiarnos de la informática y en la actualidad parece que es una situación reiterativa, si tomamos como ejemplo esa pleitesía que refuerza liderazgos masculinos y subsume a las mujeres en torno al varón.

MJCS: en el orden actual, con un modelo de desarrollo neoliberal que acredita “formaciones” de personas coherentes con sus postulados, su análisis me parece sumamente valioso, profesor.

MCM: bueno, como le mencioné, muchas mujeres han influido en mi desarrollo profesional, pues gracias a Lorena Molina tuve la oportunidad de vincularme a una investigación nacional, con un alcance latinoamericano, y participé en XV Seminario Latinoamericano de Escuelas de Trabajo Social (Guatemala, 1995). En ese contexto, la profesora Cecilia Vega fue quien presidió la ALAETS y me pidió apoyo para realizar algunas tareas. Junto a ella aprovechamos la plataforma web que habíamos desarrollado para divulgar información y subir algunos documentos de esa asociación. En 2004, Costa Rica fue sede del XVIII Seminario Latinoamericano de Escuelas de Trabajo Social. En este espacio yo participé activamente y apoyé a las colegas Lorena Molina, Luis Araneda, Jussara Méndez y Patricia Quintero, quienes habían sido delegadas para trabajar en la reorganización de ALAETS, pues atravesaba una seria crisis.

En 2006, durante el evento mundial de Trabajo Social en Chile, se reunió por última vez el colectivo de representantes latinoamericanos de ALAETS. Lorena me solicitó que participara en la reunión tomando el acta, y desde ese momento quedé formalmente vinculado con la naciente ALAETS. Tuve la oportunidad de acompañar a la primera Dirección Ejecutiva, liderada por Elizabeth Mota; fui parte del directorio en el cargo de secretario; he acompañado a las delegaciones de Argentina y Puerto Rico; asumí la Dirección Ejecutiva bajo el liderazgo de la compañera Rita Meoño y actualmente, soy el representante regional de México, Centroamérica y el Caribe. Hemos procurado mantener una participación activa y democrática.

Por supuesto, enfrentamos grandes limitaciones económicas que dificultan el cumplimiento de algunos de nuestros objetivos internos. Si bien el enfoque debería orientarse hacia lo académico e investigativo, la falta de

recursos nos impide avanzar con la agilidad deseada. No obstante, considero que América Latina no puede perder su capacidad de articulación en el campo del Trabajo Social. Me alegra ver que actualmente todos los países participan, aunque por razones del bloqueo económico Nicaragua Cuba no hacen parte. He dedicado gran parte de mi vida académica a la articulación latinoamericana del Trabajo Social y considero que este trabajo continúa siendo fundamental para el desarrollo de nuestra profesión en la región.

[403]

MJS: maravilloso, profesor. Su labor fue y será un gran aporte al Trabajo Social. Quiero expresarle mis agradecimientos por su participación y, puntualmente, por su constante colaboración en la difusión de nuestras convocatorias. Siempre le he manifestado mi valoración por su labor, pues ha permitido que recibamos manuscritos de colegas ubicados en distintos países de la región. Su compromiso con la difusión ha sido fundamental. Gracias a ello, las convocatorias han circulado a tiempo y en los lugares adecuados, logrando respuestas destacadas.

MCM: bueno, yo creo que el Trabajo Social, de una u otra manera, siempre ha aprovechado los referentes teóricos y los instrumentos disponibles, sino es que los construye. Esa capacidad a lo largo del tiempo nos ha permitido ser innovadores ante las demandas del contexto, sin que ello quiera decir que el colectivo gremial es funcional, acrítico y conformista. Si bien Netto hace un llamado de atención al sincretismo que nos atraviesa históricamente, lo cierto es que tanto en la academia y especialmente en el mundo laboral, encontramos muestras de eclecticismo y sincretismo por doquier y sin mayor cuestionamiento.

Si revisamos la obra de Mary Richmond, por ejemplo, encontramos una gran cantidad de datos estadísticos sobre las personas con las que trabajó. Ella tuvo la capacidad de recolectar, organizar y analizar esa información, pero es importante reconocer que, ya desde inicios del siglo pasado, los norteamericanos contaban con sistemas de información bastante avanzados para la época. A lo largo de su obra uno encuentra referencias a otras profesiones, lo que me hace suponer que desde nuestros orígenes existía la actitud de enriquecerse con los planteamientos de otras disciplinas. Ante una realidad compleja, se requiere siempre una multitud de conocimientos

que garanticen la comprensión de esa realidad mediante el diseño de acciones con el mayor impacto positivo posible.

[404]

Sumado a lo anterior, señalo la interdisciplinariedad y sus derivaciones como a concretar en la academia, pero no solo con las Ciencias Sociales, sino también con las Ciencias Naturales. Todo está interconectado y necesitamos conocer y problematizar esas interconexiones. De modo no imagino un currículum de Trabajo Social conformado únicamente por materias de Trabajo Social, lo que debe ocurrir esta disciplina debe nutrirse de otras pertenecientes a las Ciencias Sociales, de la Física, de la Biología, del pensamiento humanista. Tampoco concibo un proceso formativo impartido exclusivamente por profesionales en Trabajo Social. Mi experiencia formativa me expuso positivamente a la Antropología, la Psicología, la Filosofía, la Historia, e incluso hasta la Biología y la Astronomía. En la diversidad disciplinar existe una enorme riqueza comprensiva y cultural. Claro está que la interdisciplinariedad debe ir acompañada de la formación de un pensamiento crítico sostenido por una densidad teórica que supere la idea de la instrumentalidad o la funcionalidad del Trabajo Social. Es necesario contar con pensamiento crítico capaz de reconocer las contradicciones de la sociedad capitalista que nos determina.

No sé exactamente en qué momento la máquina de escribir llegó al Trabajo Social en Estados Unidos o en Costa Rica, pero es claro es que fue una apropiación fundamental para la elaboración de informes y trabajos de investigación. A mí me tocó vivir la transición de la máquina de escribir a la computadora y fue un proceso que implicó digitar, revisar y corregir hasta la entrega final. Con la llegada de la computadora, esa dinámica cambió completamente, y quienes teníamos acceso a computadoras, asumimos esa tecnología de inmediato; pero ¿Cómo impactó esto al Trabajo Social? En primer lugar, nos generó una suerte de autonomía porque no dependíamos de una persona especializada en mecanografía para realizar nuestros trabajos. En segundo lugar, potenciamos la creatividad y la escritura ya que podíamos modificar y pulir una idea muchas veces. En tercer lugar, aprovechamos el tiempo dado que el proceso de escritura podía extenderse. Dicho esto, existen conocimientos especializados en los que sí debemos hacer énfasis; por ejemplo, el manejo de Excel y la construcción de bases de datos son fundamentales para nuestro trabajo en la medida

en que podemos almacenar y procesar ingentes datos sobre nuestra intervención profesional. Recuerdo que tuve una estudiante que también estudiaba Matemáticas. Para mí, fue fascinante conversar con ella sobre algoritmos y su posible aplicación en el Trabajo Social. Le pregunté: “¿Lucía, si trabajas en una escuela, ¿podrías ayudarnos a desarrollar un algoritmo para identificar niños con mayor propensión a la violencia?” Ella se quedó pensando y luego me dijo: “Sí, profe, claro que se puede”.

[405]

Esto me llevó a una reflexión importante y es que, en algún momento, algunos colegas intentaron crear programas de cómputo para elaborar informes sociales de manera automatizada. Yo señalé en varias ocasiones que esos programas estaban destinados al fracaso, porque cada país elabora informes de manera distinta, cada institución tiene requerimientos específicos y cada contexto social es diferente. Entonces, ¿qué necesitamos realmente? Si no tenemos conocimientos en informática, debemos saber qué solicitar a los especialistas en tecnología para que lo desarrollen. Sin embargo, creo que debemos asumir un papel más activo y no necesariamente en el uso de computadoras, sino en el diseño y la conceptualización del *software* que precisamos; debemos definir con claridad qué condiciones y características debe poseer una herramienta digital para que realmente sirva en nuestra práctica profesional.

Es decir, necesitamos idear sistemas de información y *software* adaptados a nuestras necesidades profesionales. Por ejemplo, en Costa Rica, se creó un sistema para identificar la pobreza, manejado principalmente por estadísticos y en salud ya existen inteligencias artificiales que, a partir de nuestros expedientes médicos, pueden identificar cuáles serán nuestras condiciones de salud en el futuro. Entonces, ¿por qué no aplicar esto para trabajar con grandes grupos poblacionales? Podemos hacerlo en Trabajo Social, pensando en inteligencia artificial como una herramienta que complementa nuestras intervenciones, sin que nos quite el trabajo.

Por otro lado, considero que no necesariamente la tecnología fortalece los procesos de enseñanza, investigación y extensión del Trabajo Social, pues se ofrecen escenarios virtuales con poco contacto humano, poco críticos y más individualistas. Entonces, atendiendo a su segunda interrogante, creo que ese proceso de fortalecimiento pasa por colectivizar, debatir y retomar la presencialidad. Esto implica en primera instancia, problematizar

[406]

la realidad social y sus contradicciones y, con ello, identificar las manifestaciones de la cuestión social y ambiental que afectan nuestra sociedad. En segunda instancia, y siempre de manera colectiva, trabajar en un plan de estudios que tenga brinde insumos para entender esa realidad social desde diferentes comprensiones teóricas, pero que también tenga la capacidad instrumental de brindar respuestas societales con una direccionalidad ético-política marcada por la emancipación humana.

Insistiré en la presencialidad del debate docente y de la formación, como una manera de reconocernos creciendo y construyendo desde lo colectivo, tejiendo redes, indignándonos, encontrando coincidencias; generando apuestas por la unidad en la diversidad.

MJCS: sí, lo mismo que un arquitecto con los *renders* y las herramientas digitales, lo que hace la inteligencia artificial es agilizar procesos, pero la pregunta clave aquí es ¿cómo podría ser nuestra formación para que seamos nosotros quienes utilicemos la tecnología y no que la tecnología sea la que nos utilice? ¿Cuál es el tipo de formación que requerimos? ¿Cómo nos preparamos para manejar estas herramientas sin que ellas nos terminen desplazando?

MCM: sin una legislación que nos proteja del estilo que aprobó la Unión Europea, diferentes empresas de inteligencia artificial avanzarán hasta convertirse en operadores de información casi omnipresente. El problema es que deberíamos ser nosotrxs, desde los gobiernos y las universidades públicas, quienes generamos esas herramientas, no el capital privado. En ese sentido, Chile ha avanzado bastante. Existe una especie de consorcio latinoamericano de universidades públicas que ha comenzado a moverse en esta dirección para no ser superados por estos avances. Pero esto podría cambiar si solo se deja que las universidades privadas sean las que desarrollen estos espacios, pues en ellas y en sus dinámicas prevalece el lucro.

Entonces, ¿qué nos queda por hacer? Necesitamos formas creativas de apropiarnos de estas tecnologías y es urgente que nuestros estudiantes tengan nociones básicas de algoritmos. Un curso introductorio en la formación profesional sería clave para que al menos sepan qué es lo que se está haciendo en esta área. De hecho, desde ALAEITS, Región México, Centro América y el Caribe, queremos organizar una actividad virtual concierne al tema en la que reconozcamos sus implicaciones

Habrá que ver si, a nivel nacional, las universidades o escuelas de Trabajo Social pueden asumir este reto y comenzar a incorporarlo en sus planes de estudio. Un grupo de colegas de universidades brasileñas, chilenas y argentinas están organizando un evento académico que podría darnos pistas sobre el tema. Pero bueno, también soy realista: en un mercado tan acelerado e imparable, corremos el riesgo de ser rápidamente superadas si no asumimos acciones de debate.

[407]

MCM: en este punto, es importante que mencione algo sobre el XXIV Seminario ALAEITS – 100 años del Trabajo Social de América Latina y la forma en que estamos trabajando para que el evento sea más accesible. En estos eventos hay una participación bastante alta, por ejemplo, en el seminario de Argentina en Córdoba, asistieron cerca de 2.500 personas; en el de Uruguay, hubo alrededor de 900 participantes. A veces, el problema es de aforo porque la demanda supera la capacidad logística del evento.

No se trata solo de hacer el seminario atractivo, sino de cómo logramos que aquellas personas que quieren escribir, pero no se animan, o que aquellas personas que no tienen incentivos, puedan hacerlo. Ahí creo que podríamos pensar en algún tipo de esfuerzo coordinado. Tal vez, desde la Comisión Central, podríamos hacer un llamado a los países miembros para que orienten y apoyen a sus colegas en el proceso de escritura y publicación. En Costa Rica, en ocasiones se ha financiado un curso para que las y los profesionales puedan escribir y publicar.

Otra posibilidad es pensar en eventos más pequeños, más accesibles para quienes tienen dificultades con los costos de traslado. Por ejemplo, para la gente de México, el seminario latinoamericano puede representar un problema logístico y económico. Por eso, México tendrá este año dos eventos nacionales y esta alternativa es interesante, porque sería crear encuentros regionales. En la región tenemos organizados seis preseminarios y sé que la Región Andina de ALAEITS va a realizar un evento en Bogotá con el apoyo de CONETS. En cuanto al Cono Sur tienen planeado hacer un evento virtual, aunque todavía no han definido completamente el formato y las fechas.

Ahora, el mayor atractivo del seminario en Chile, es la conmemoración de los 100 años del Trabajo Social Latinoamericano. Este es un hito que no volveremos a vivir en nuestras vidas y considero que es una oportunidad histórica para reflexionar sobre el futuro de la profesión. Sobre todo, porque

con el avance de las nuevas tecnologías y la viabilidad de la permanencia de la disciplina en su forma actual. También es importante asumir un compromiso personal con estos espacios, porque, más allá de las dificultades logísticas, estos encuentros son una oportunidad inigualable para conocer qué se está discutiendo en la región y hacia dónde va el Trabajo Social.

[408]

MJS: respecto al seminario, también quisiera señalar que mencionan la presentación de libros, pero excluyen las revistas. Me parece que este sería un excelente espacio para hablar de ellas. Incluso, para promover las creaciones de la Red Colombiana y la Red Latinoamericana de revistas de Trabajo Social. Me preocupa mucho lo que le mencionaba antes: se produce conocimiento, pero su circulación sigue siendo problemática. Ahora bien, respecto a la circulación de conocimientos, tampoco tenemos acceso a las memorias de los seminarios latinoamericanos. ¿Cómo es posible?, sobre todo si este material da cuenta de los despliegues y los aportes del Trabajo Social.

Maira Judith Contreras Santos
Ruby Esther León Díaz